



## Hablamos con el Señor

20 de Febrero

---

### Himno

Este mundo del hombre, en que él se afana  
tras la felicidad que tanto ansía,  
tú lo vistes, Señor, de luz temprana  
y de radiante sol al mediodía.

Así el poder de tu presencia encierra  
el secreto más hondo de esta vida;  
un nuevo cielo y una nueva tierra  
colmarán nuestro anhelo sin medida.

Poderoso Señor de nuestra historia,  
no tardes en venir gloriosamente;  
tu luz resplandeciente y tu victoria  
inunden nuestra vida eternamente. Amén

*Hoy vengo a pedirte, Señor,  
que me des capacidad de gratuidad,  
que pueda amar gratis.  
Y por esto te digo, con Carlos d Foucault*

Padre, me pongo en tus manos,  
haz de mí lo que quieras,  
sea lo que sea, te doy las gracias.  
Estoy dispuesto a todo,  
lo acepto todo,  
con tal que tu voluntad se cumpla en mí,  
y en todas tus criaturas.  
No deseo nada más, Padre.  
Te confío mi alma,  
te la doy con todo el amor  
de que soy capaz,  
porque te amo.  
Y necesito darme,  
ponerme en tus manos sin medida,  
con una infinita confianza,  
porque Tú eres mi Padre.

## Capacidad de gratuidad

1.- Es la capacidad de no buscarnos a nosotros mismos, de no ser nosotros el objetivo último de nosotros mismos o de nuestra vida, de no ser el punto de referencia desde el cual todo se valora.

*¿Desde donde y como valoro mi vida?*

*¿Me busco sólo a mi mismo?*

2.- Esta palabra “gratuidad”, comprensible aunque difícil para el lenguaje de nuestra cultura, viene a equivaler a términos clásicos de la tradición espiritual como “pobreza de espíritu”, “descentramiento”, “abnegación”, “salir del propio amor, querer e interés...”.

La gratuidad es, de entrada, gratitud: capacidad de valorar agradecidamente todo aquello que somos y tenemos; y luego, de salida, generosidad: precisamente porque agradecidos somos desprendidos, y porque desde la gratitud lo normal es compartir y no defender nuestra posesión.

*¿Soy agradecido? ¿a qué o quien estoy agradecido?*

*¿Soy generoso? ¿cómo y donde?*

3.- Hay una gratuidad respecto a uno mismo que tiene que ver con el “despojarse”, con los “despojamientos”. En primer término, se trata de la aceptación serena, humanamente serena, de aquellos despojamientos que la vida nos va haciendo: del vigor y el atractivo físico, de la salud, de las cualidades intelectuales, de la capacidad de autonomía, del ocupar situaciones de relevancia... ¡Qué patético suele ser el espectáculo de quienes se resisten a perder: desde los/as que a los 60 años se empeñan en vestir como si tuvieran 25, hasta los que reiteran una y otra vez sus glorias pasadas! Unos/as hacen reír, otros aburren y suscitan una cierta lástima... Y, sin embargo, cuántas veces se da esa resistencia a aceptar los despojos de la vida...

*¿Acepto los despojamientos?*

*¿De qué me he de despojar?*

4.- También hay un “despojarse” de tantos “mantos” que llevamos encima, con los que nos abrigamos sí, pero también nos envolvemos, ocultamos y aislamos. Discernir sobre la necesidad y función de nuestros mantos e irnos despojando de aquellos que nos quitan agilidad, de aquellos que sobrándonos a nosotros podrían cubrir algo a otros...

*¿Tengo cosas, que no necesito tanto  
y que otros no tienen?*

5.- Si respecto a nosotros la gratuidad tiene que ver con despojamiento, respecto a lo exterior a nosotros tiene que ver con el desasimiento de las cosas. No estar “asidos”, no estar “agarrados” a aquello que tenemos, e incluso a aquello que necesitamos tener. Gratuidad tiene que ver con nuestro modo de relacionarnos con cosas y personas, a las que tantas veces tratamos y utilizamos como cosas, como objetos, en función de nuestros objetivos personales. Hablar de gratuidad es hablar de libertad ante las cosas y de disponibilidad ante las personas.

*¿Soy libre de las cosas que tengo?  
¿Estoy disponible ante las necesidades de otros?  
¿Dónde aparece esta disponibilidad y libertad mías?*

6.- Hay un nivel más hondo de gratuidad, que es la gratuidad ante Dios. Esta gratuidad ante Dios es la sincera humildad. Estar ante Dios sin pretensiones, sin exigencias, sin condiciones... ¡Qué difícil nos resulta situarnos así ante Él! O como Jesús nos invita en la parábola del Padre y los dos hijos: estar ante Dios y con Dios disfrutando de ser hijos. Simplemente eso... Normalmente tendemos a situarnos ante Dios de dos modos equivocados: como deudores o como acreedores. El deudor se sitúa ante Dios atemorizado; y no tiene sentido situarse así, porque Dios nos perdona las deudas. El acreedor se sitúa ante Dios con enojo, malhumorado; y tampoco tiene sentido situarse así, porque

Dios nos ha dado ya lo más valioso que tiene, la posibilidad de participar de su misma vida. Ante Dios como hijos, disfrutando: eso es humildad, eso es gratuidad... Ni nuestro temor ni nuestras exigencias nos acercarán más a Dios, sino nuestro “caminar humilde”, en expresión del profeta Miqueas.

*¿Estoy ante Dios como si yo fuera un “deudor”?*

*¿Estoy ante Dios como si yo fuera un acreedor?*

*¿Estoy ante Dios disfrutando como un hijo?*

*Termino la oración dando gracias a Dios por cuanto tengo... por lo que vivo... por las personas... por las cosas...*

## **Señor, Dios mío, estoy alegre**

Señor, Dios mío:

como el pez que no puede vivir sin agua,  
yo no puedo vivir sin ti.

Tú me has creado,  
y tú me mantienes con vida.

Vengo hoy hasta ti para darte gracias  
por la vida que no dejas de concederme.

Vengo a ti para darte gracias  
y decirte cuánto amo la vida.

...

Estoy contento sobre todo de ser hijo tuyo,  
de llevar en mí el aliento de la vida divina,  
tu Espíritu Santo.

Tú quieres vivir en mí,  
habitar en mí.

Te doy gracias de todo corazón  
por este honor que me haces, por esta alegría. Amén.